

es que los abogados de la ciudad y Bordín felicitaron con entusiasmo al joven defensor. El acusador público, inquieto ante aquel aserto, temió haber caído en algún lazo, y había caído en efecto en la trampa hábilmente tendida por los defensores y en la que Gothard acababa de desempeñar admirablemente su papel. Los bromistas de la ciudad dijeron que el asunto se había vuelto á *enyesar*, que el acusador público había *amasado* su posición, y que los Simeuse se volvían blancos como el yeso. En Francia, todo es del dominio de la broma, que es la reina de este país. Se bromea en el patíbulo, en la Berezina, en las barricadas, y francés habrá que acaso se bromea en las sesiones del gran juicio final.

Al día siguiente fueron oídos los testigos de cargo: la señora Marión, los esposos Grevin, el ayuda de cámara del senador y Violette, cuyas declaraciones se comprenderán fácilmente después de sabido lo que ocurrió. Todos reconocieron á los cinco acusados, con más ó menos seguridad á los cuatro hidalgos, pero con certeza absoluta á Michú. Beauvisage repitió el dicho de Roberto de Hauteserre, y el aldeano que había ido á comprar la ternera repitió la frase de la señorita de Cinq-Cygne. Los peritos herradores confirmaron la perfecta semejanza de las herraduras de los caballos de los acusados con las huellas dejadas en el parque. Esta circunstancia fué objeto de acalorada discusión entre el señor de Grandville y el acusador público. El defensor tomó por su cuenta al veterinario herrador de Cinq-Cygne y logró hacerle confesar que había vendido unos días antes unas herraduras iguales á unos extranjeros. Declaró también el veterinario que no eran sólo los caballos de Cinq-Cygne los que herraba de aquella manera, sino que había otros muchos en la comarca. Finalmente, el caballo de que acostumbra á servirse Michú no había sido herrado en Troyes, y las marcas de las herraduras no se encontraban entre las del parque.

—El que intentó semejarse á Michú para comprometerle, ignoraba esta circunstancia, dijo el señor de Grandville mirando á los jurados, y la acusación no establece que mi cliente se hubiese servido de uno de los caballos del castillo.

Por otra parte atacó la declaración de Violette en lo que concernía á la semejanza de los caballos vistos de lejos y por detrás. A pesar de los increíbles esfuerzos del defensor, el conjunto de testimonios positivos anonadaba á Michú. El acusador, el auditorio, el tribunal y los jurados, comprendían todos, como había presentado la defensa, que la culpabilidad del criado implicaba la de los amos. Bordín había adivinado perfectamente el nudo del proceso al designar á Grandville como defensor de Michú; pero la defensa propalaba así sus secretos. Todo lo que concernía al antiguo administrador de Gondreville era de un interés palpitante. La actitud de Michú fué excelente. Desplegó en estos debates toda la sagacidad de que le había dotado la naturaleza; y, á fuerza de verlo, el público reconoció su superioridad; pero ¡cosa rara!, este hombre hizo creer con esto que era indudablemente el autor del atentado. Los testigos de descargo, menos serios que los testigos de cargo á los ojos de los jurados y de la ley, no hicieron más que cumplir con su deber, y fueron escuchados por pura fórmula. En primer lugar, ni Marta, ni los señores de Hauteserre prestaron juramento; Catalina y el Durieu, en su calidad de criados, se encontraron en el mismo caso. El señor de Hauteserre dijo que había dado efectivamente orden á Michú para que restaurase el madero derribado. La declaración de los peritos, que leyeron en aquel momento su informe, confirmó la declaración del anciano hidalgo; pero dieron también la razón al director del jurado, declarando que les era imposible precisar la época en que se había hecho aquel trabajo, pues lo mismo podían haber pasado muchas semanas que veinte días. La aparición de la señorita de Cinq-Cygne excitó la más viva curiosidad; pero, al ver ésta á sus primos en el banquillo de los acusados después de ventitrés días de separación, experimentó emociones tan violentas, que su actitud parecía decir que era culpable. Sintió un espantoso deseo de estar al lado de los gemelos, y se vió obligada, según dijo ella misma más tarde, á echar mano de toda su fuerza de voluntad para reprimir el furor que la inclinaba á matar al acusador público, á fin de ser eriminal como ellos á los ojos del mundo. Contó sencilla-

mente que, al volver á Cinq-Cygne y al ver humo en el parque, había creído en un incendio. Durante mucho tiempo había pensado que aquel humo provenía de algún hormiguero.

—Sin embargo, dijo, me acordé más tarde de una particularidad sobre la que llamó la atención de la justicia: he encontrado en los adornos de la falda de mi amazona y entre los pliegues de mi pañoleta, restos semejantes á los que dejan los papeles quemados y llevados por el viento.

—¿Era el humo muy considerable? preguntó Bordín.

—Sí; tanto, que yo creía que se trataba de un incendio, dijo la señorita de Cinq-Cygne.

—Esto puede cambiar la faz del proceso, dijo Bordín. Pido al tribunal que ordene inmediatamente un examen de los lugares en que tuvo lugar el incendio.

El presidente ordenó dicho examen.

Grevín, llamado á instancia de los defensores, é interrogado sobre esta circunstancia, declaró que no sabía nada sobre aquel punto. Pero, entre Bordín y Grevín se cambiaron miradas que les instruyeron mutuamente.

—Ahí está el todo del proceso, se dijo el viejo procurador.

—¡Ya han caído en ello! pensó el notario.

Pero, de una y otra parte, los dos astutos socarrones pensaron que el examen sería inútil. Bordín se dijo que Grevín sería discreto como un madero, y Grevín se aplaudió el haber hecho desaparecer las huellas del incendio. Para esclarecer este punto, accesorio en los debates y que parece pueril, pero capital en la justificación que la historia debe á aquellos jóvenes, los peritos y Pigoult, encargados de examinar el parque, declararon que no habían encontrado ningún sitio en que existiesen huellas de incendio. Bordín hizo citar á dos obreros, que declararon que habían trabajado por orden del guarda una porción del prado cuya hierba estaba quemada; pero dijeron que no sabían de qué clase de substancia provenía el incendio. Llamado á instancia de los defensores, el guarda dijo que había recibido orden del señor de labrar aquella parte del prado.

—¿Se habían quemado allí hierbas ó papeles?

—Yo no he visto nada que pudiese hacer creer que se hubiesen quemado papeles, respondió el guarda.

—En fin, dijeron los defensores; si las hierbas estaban quemadas, alguien debió llevar allí los papeles para prenderles fuego.

La declaración del cura de Cinq-Cygne y la de la señorita Goujet causaron una impresión favorable. Al salir de las visperas y paseándose por el bosque, habían visto á los hidalgos y á Michú á caballo, saliendo del castillo y dirigiéndose hacia el bosque. La posición y la moralidad del abate Goujet daban gran valor á sus palabras.

El discurso del acusador público, que se creía seguro de obtener una condena, fué como son siempre esta clase de discursos. Los acusados eran enemigos incorregibles de Francia, de las instituciones y de las leyes. Tenían sed de desórdenes. A pesar de haber estado complicados en los atentados contra la vida del Emperador y de haber formado parte del ejército de Condé, aquel magnánimo soberano les había borrado de la lista de los emigrados. He aquí el pago que daban á su clemencia. En una palabra, todas las declamaciones oratorias que se repitieron en nombre de los Borbones contra los bonapartistas y que se repiten hoy contra los republicanos y los legitimistas en nombre de la rama menor de aquella casa. Esta constante repetición de una misma cosa, que tendría razón de ser en un gobierno fijo, parecerá por lo menos cómica, cuando la historia la encuentra repetida en todas las épocas por boca del ministerio público. Se puede decir de esto lo que se dice siempre después de algún cambio inútil: «La marca es distinta, pero el vino sigue siendo el mismo.» El acusador público, que fué por lo demás uno de los procuradores generales más distinguidos del Imperio, atribuyó el delito á la intención de los emigrados de protestar de la ocupación de sus bienes una vez vueltos á Francia. Después reunió las pruebas, los indicios y las probabilidades, con un talento que estimulaba á recompensar su celo, y se sentó tranquilamente esperando el ataque de los defensores.

El señor de Grandville no defendió nunca más que esta

causa criminal, pero le dió nombre. En primer lugar hizo su defensa con esa elocuencia arrebatadora que admiramos hoy en Berryer, y después tenía la convicción de que los acusados eran inocentes, lo cual es uno de los vehículos más poderosos de la palabra. He aquí los puntos más culminantes de su defensa, publicada con todas sus partes por los periódicos de aquel tiempo:

En primer lugar despejó las tinieblas que envolvían la vida de Michú, y puso ésta en claro. Con este motivo, desarrolló hermosos períodos, llenos de sentimiento y que despertaron muchas simpatías. Al verse rehabilitado por una voz tan elocuente, hubo un momento en que las lágrimas brotaron de los ojos de Michú y surearon su terrible rostro. Apareció entonces como realmente era: un hombre sencillo y astuto, pero cuya vida sólo había sido guiada por un pensamiento único. Su llanto produjo un gran efecto en el jurado, y el hábil defensor escogió este momento de interés para entrar en la discusión de los cargos.

—¿Dónde está el cuerpo del delito? ¿dónde está el senador? preguntó. Nos acusáis de que le hemos emparedado con piedras y yeso. Pero en ese caso, nosotros seremos los únicos que sabremos dónde está, y como nos tenéis presos hace ya más de veintitrés días, habrá muerto por falta de alimentos. ¡Somos asesinos y no nos habéis acusado de asesinato! Pero si vive, es porque nosotros tenemos cómplices; y si tuviésemos cómplices, si el senador está vivo, ¿no hemos de lograr hacer que aparezca? Una vez convencidos de que las intenciones que nos suponéis no pueden realizarse, ¿íbamos á ser tan estúpidos que habíamos de agravar nuestra situación? No pudiendo llevar á cabo la venganza, podríamos obtener el perdón con nuestro arrepentimiento. ¿Ibamos á persistir en tener detenido á un hombre de quien no podemos obtener nada? ¿No es esto absurdo? ¡Quédese usted con su yeso, pues no ha dado resultado! dijo al acusador público; pues somos ó imbéciles criminales, lo cual ni usted mismo cree, ó inocentes, víctimas de circunstancias tan inexplicables para nosotros como para vosotros. Mejor haríais en buscar la masa de papeles que se ha quemado

en casa del senador, que revela intereses mayores que los vuestros, y que os darían cuenta de su rapto.

Entró en estas hipótesis con una habilidad maravillosa. Insistió en la moralidad de los testigos de descargo cuya fe religiosa era viva y que creían en otra vida y en las penas eternas. En este pasaje estuvo sublime y supo conmover al auditorio.

—Pues qué, dijo, ¿creéis que esos criminales cenarían tranquilamente si hubiesen cometido el delito, y que se negarían á devolver al senador cuando el oficial de gendarmes les propone los medios de arreglarlo todo?

En este momento hizo presentir la existencia de un asunto misterioso cuya clave se encontraba en manos del tiempo, que había de descorder el velo de aquella injusta acusación. Una vez en este terreno, tuvo la audaz é ingeniosa astucia de suponerse por un momento jurado; contó su deliberación con sus colegas, y se consideró tan desgraciado, si, siendo causa de una injusta condena, llegase algún día á reconocerse el error; pintó tan bien sus remordimientos y remachó con tanta fuerza las dudas que inspiraba el proceso, que dejó á los jurados en una horrible ansiedad.

Los jurados no estaban aún acostumbrados á esta clase de alocuciones, que tenían entonces el encanto de todas las cosas nuevas, y el jurado fué asaltado por las dudas. Después de la calurosa defensa del señor de Grandville, los jurados tuvieron que oír al astuto y ladino procurador, que multiplicó las consideraciones, hizo resaltar las partes tenebrosas del proceso, y lo tornó inexplicable. Así como el señor de Grandville había procurado herir el corazón y la imaginación, él procuró atacar dirigiéndose al alma y á la razón. En una palabra, supo comunicar á los jurados una convicción tan seria, que el acusador público vió todos sus planes por tierra. Era la cosa tan clara, que el abogado de los señores de Hauteserre y de Gothard renunció á la defensa, creyendo ya anulada la acusación. El acusador pidió que se aplazase para el día siguiente su réplica. En vano, Bordin, que veía una absolución en los ojos de los jurados si éstos deliberaban á ratz de sus defensas, se opuso,

por motivos de hecho y de derecho, á que una noche más llenase de ansiedades el corazón de sus inocentes clientes, pues el tribunal deliberó y falló en contra.

—El interés de la sociedad me parece igual al de los acusados, dijo el presidente. El tribunal faltaría á todas las nociones de equidad si negase semejante petición á la defensa, y debe, por lo tanto, concedérsele también á la acusación.

—Todo es felicidad y desgracia en este mundo, dijo Bordín mirando á sus clientes. Esta tarde seríais absueltos y mañana seréis condenados.

—En todo caso, no podemos menos de admirar á usted, dijo el mayor de los Simeuse.

La señorita de Cinq-Cygne tenía los ojos bañados en lágrimas. Después de las dudas expresadas por los defensores, no creía en un éxito semejante. La felicitaban, y todo el mundo esperaba la absolución de sus primos. ¡Pero este asunto iba á tener el golpe teatral más estrepitoso, el más siniestro y el más imprevisto que jamás haya cambiado la faz de un proceso criminal!

Al día siguiente de la defensa del señor de Grandville, á las cinco de la mañana, fué encontrado el senador en la carretera real de Troyes, librado de sus cadenas durante su sueño, por unos libertadores desconocidos, yendo á Troyes, ignorando el proceso, sin saber la resonancia de su nombre en Europa y dichoso de respirar el aire libre. El hombre que servía de eje á este drama quedó tan estupefacto de lo que le dijeron, como los que lo encontraron lo estuvieron al verlo. Le prestaron el coche de un cortijero, y llegó rápidamente á Troyes á casa del prefecto. Este previno en seguida al director del jurado, al comisario del gobierno y al acusador público, quien, después de la narración que le hizo el conde de Gondreville, envió á prender á Marta, que estaba en la cama en casa de los Durieu, mientras que el director del jurado motivaba y extendía una orden de arresto contra ella. La señorita de Cinq-Cygne, que sólo estaba en libertad bajo fianza, fué igualmente detenida en uno de esos raros momentos de sueño que ella solía tener en medio de sus constantes angustias, y fué guardada en la prefectura

para ser interrogada. La orden de tener incomunicados á los acusados, hasta con los abogados, fué enviada al director de la cárcel. A las diez, la multitud reunida supo que la audiencia estaba señalada para la una de la tarde.

Este cambio, que coincidía con la noticia de la libertad del senador, el arresto de Marta, el de la señorita de Cinq-Cygne y la prohibición de que nadie se comunicase con los acusados, llevaron el terror al palacio de Chargebœuf. Todo el pueblo y los curiosos, venidos á Troyes para asistir al proceso, los taquígrafos de los periódicos, y hasta el mismo pueblo, fueron presa de una emoción fácil de comprender. El abate Goujet fué á ver, á eso de las diez, al señor, á la señora de Hautesserre y á los defensores. Estaban almorzando entonces lo que se puede almorzar en semejantes circunstancias; el cura llamó aparte á Bordín y al señor de Grandville, y les comunicó la confidencia de Marta y el fragmento de la carta que ella había recibido. Los dos defensores cambiaron una mirada, después de la cual dijo Bordín al cura:

—¡Ni una palabra! nos parece que está todo perdido; pongamos al menos buena cara.

Marta no tenía fuerzas suficientes para resistir al director del jurado y al acusador público. Por otra parte, abundaban las pruebas contra ella. Por indicación del senador, Lechesneau habla enviado á buscar la corteza del último pan llevado por Marta, y que él había dejado en la bodega, lo mismo que las botellas vacías y varios objetos. Durante las largas horas de su cautiverio, Maligno había hecho algunas conjeturas sobre su situación, había buscado los indicios que podían ponerle sobre las huellas de sus enemigos, y comunicó naturalmente sus observaciones al magistrado. La quinta de Michú, recientemente construída, debía tener un horno nuevo, y como las tejas ó ladrillos sobre que descansaba el pan tenían que tener algún dibujo formado por las juntas, se podía obtener una prueba de que había sido cocido allí el pan, por las señales que dicho dibujo hubiese dejado en la corteza. Además, las botellas lacradas con lacre verde debían de ser sin duda semejantes á las botellas que se encontraban en la bodega de Michú. Estas sublimes observaciones, di-

chas al juez de paz que fué á hacer las pesquisas en presencia de Marta, dieron los resultados previstos por el senador. Víctima de la sinceridad aparente con que Lechesneau, el acusador público y el comisario le hicieron creer que sólo confesando la verdad podía salvar la vida á su marido, Marta, en el momento en que se vió aplastada por las pruebas, confesó que el escondite en que el senador había estado metido sólo era conocido por Michú y por los señores de Simeuse y de Hauteserre, y que ella le había llevado víveres al senador tres veces y siempre de noche. Lorenza, interrogada sobre la circunstancia del escondite, se vió obligada á confesar que Michú lo había descubierto y se lo había enseñado para esconder allí á sus primos y evitar el que fuesen encontrados por la policía, cuando fué cuestión de la conspiración descubierta y en que ellos estaban complicados.

Tan pronto como estos interrogatorios terminaron, el jurado y los abogados fueron avisados de que se reanudaban las audiencias. A las tres, el presidente abre la sesión anunciando que los debates iban á continuar con nuevos elementos. El presidente hizo ver á Michú las tres botellas de vino, y le preguntó si las reconocía por suyas, después de mostrarle su semejanza con una botella llena, tomada aquella mañana de su bodega por el juez de paz en presencia de su mujer. Michú no quiso reconocerlas por suyas; pero estas nuevas piezas de convicción fueron apreciadas por los jurados á quienes el presidente notificó que las botellas vacías habían sido encontradas en el lugar en que el senador había estado detenido. Todos los acusados fueron interrogados respecto á la bodega situada bajo las ruinas del monasterio. Después de un nuevo testimonio de todos los testigos de cargo y de descargo, quedó sentado en los debates que aquel escondite descubierto por Michú sólo era conocido por él, por Lorenza y por los cuatro hidalgos. Fácilmente se podrá juzgar el efecto producido sobre el tribunal y los jurados, cuando el acusador público anunció que aquella bodega, conocida únicamente por los acusados y por dos testigos, había servido de prisión al senador. Marta fué introducida. Su aparición causó las más vivas ansiedades en el auditorio y en los acu-

sados. El señor de Grandville se levantó para recusar la declaración de la mujer contra el marido. El acusador público hizo observar que, según sus confesiones propias, Marta era cómplice del delito: no tenía que prestar juramento, ni servir de testigo, y debía ser oída en interés de la verdad.

—Por lo demás, basta con proceder á la lectura de su declaración ante el director del jurado, dijo el presidente haciendo leer al escribano el proceso verbal instruido aquella mañana.

—¿Confirma usted estas declaraciones? dijo el presidente.

Michú miró á su mujer, y Marta, que comprendió su error, cayó completamente desmayada. Se puede decir sin exageración que el rayo caía sobre el banco de los acusados y de los defensores.

—Jamás he escrito á mi mujer desde la cárcel, y no conozco á ningún empleado de ésta, dijo Michú.

Bordín le entregó los fragmentos de la carta, y Michú dirigió á éstos una ojeada y exclamó:

—Han imitado mi letra.

—La negativa es siempre su último recurso, dijo el acusador público.

Se introdujo entonces al senador con las ceremonias debidas á su posición. Su entrada fué un golpe teatral. Maligno, nombrado conde de Gondreville por los magistrados, sin piedad para los antiguos dueños de esa hermosa propiedad, miró á los acusados á instancias del presidente, con la mayor atención y durante un gran rato. Reconoció que los vestidos de sus raptos eran exactamente iguales á los de los hidalgos; pero declaró que su turbación le impedía poder afirmar que los acusados fuesen los culpables.

—Aún hay más, dijo; mi convicción es que estos cuatro señores no han tomado parte en mi secuestro. Las manos que me han vendado los ojos en el bosque eran groseras. Así que, dijo Maligno mirando á Michú, creo más bien que ha sido mi antiguo administrador el que se ha encargado de eso; pero ruego á los señores jurados que pesen bien mi declaración. Mis sospechas respecto á esto son muy ligeras, y no tengo la menor seguridad. He aquí por qué. Los dos hombres

que se han apoderado de mí me han puesto á caballo, detrás de la grupa de aquel que me había vendado los ojos, y cuyos cabellos eran rojos como los del acusado Michú. Por singular que sea mi observación, debo hablar, pues ella es la base de una convicción favorable al acusado, á quien ruego que no se ofenda por lo que voy á decir. Atado á la espalda de un desconocido, he sido, á pesar de la rapidez de la carrera, atacado por el olor que despedía; pero no he reconocido en ese particular á Michú. Respecto á la persona que me ha llevado, por tres veces, los víveres, estoy seguro que es Marta, la mujer de Michú. La primera vez la he reconocido por una sortija que le había dado la señorita de Cinq-Cygne, y que ella no había pensado en quitarse. La justicia y los señores jurados apreciarán las contradicciones que se encuentran en estos hechos, y que yo no me explico aún.

Murmullos favorables y de unánimes aprobaciones acogieron la declaración de Maligno. Bordín solicitó del tribunal el permiso de dirigir algunas preguntas á aquel precioso testigo.

—¿Cree, pues, el señor senador que su secuestro tiene otras causas que las supuestas en la acusación á los acusados?

—¡Estoy seguro! dijo el senador. Pero ignoro esos motivos, pues declaro que, durante mis veinte días de cautividad, no he visto á nadie.

—¿Cree usted, dijo entonces el acusador público, que su castillo de Gondreville pueda contener documentos, títulos ó valores que pudiesen exigir una visita á él de los señores de Simeuse?

—No lo creo, dijo Maligno. En ese caso, creo á esos señores incapaces de usar la violencia para conseguir sus fines. No hubieran tenido más que hacerme una reclamación para obtener en el acto lo que deseaban.

—¿Y no ha hecho el señor senador quemar papeles en su parque? dijo bruscamente el señor de Grandville.

El senador miró á Grevín. Después de haber cambiado con el notario una mirada, que fué vista por Bordín, respondió que no había quemado papeles. Habiéndole pedido

informes el acusador público sobre la acechanza de que había estado á punto de ser víctima en el parque, y si no se había engañado respecto á la posición de la escopeta, el senador dijo que Michú se encontraba entonces al acecho tras un árbol. Esta respuesta, conforme con la declaración de Grevín, produjo viva impresión. Los hidalgos permanecieron impasibles durante la declaración de su enemigo, que los colmaba de generosidad. Lorenza sufría la más horrible agonía, y el marqués de Chargebœuf se veía obligado á retenerla por el brazo á cada momento. El conde de Gondreville se retiró saludando á los cuatro hidalgos, que no le devolvieron el saludo. Esta pequeñez indignó á los jurados.

—¡Están perdidos! dijo Bordín al oído del marqués.

—¡Ay de mí! ¡siempre por la arrogancia de sus sentimientos! respondió el señor de Chargebœuf.

—Señores, nuestra obra se ha hecho demasiado fácil, dijo el acusador público levantándose y mirando á los jurados.

Explicó el empleo de los dos sacos de yeso para el empujamiento de la anilla de hierro necesaria para enganchar el candado que mantenía la barra con que la puerta de hierro estaba cerrada y cuya descripción se hacía en el proceso verbal llevado á cabo aquella mañana por Pigoult. Le fué fácil probar que los acusados eran los únicos que conocían la existencia de la bodega. Hizo palpables los embustes de la defensa y pulverizó todos sus argumentos con las nuevas pruebas tan milagrosamente llegadas. En 1806 se estaba aún demasiado cerca del Ser supremo del 1793 para hablar de la justicia divina, y, por lo tanto, la intervención del cielo hizo gracia á los jurados. Finalmente dijo que la justicia no perdería de vista á los cómplices que habían libertado al senador, y se sentó esperando con confianza el veredicto.

Los jurados creyeron en un misterio; pero todos estaban persuadidos de que aquel misterio provenía de los acusados, que se callaban movidos por un interés de la más alta importancia.

El señor de Grandville, para quien la evidencia de una maquinación oculta era indudable, se levantó; pero pareció anonadado, más bien que por los nuevos testimonios apor-

tados, por la manifiesta convicción de los jurados. Su defensa fué sin duda superior á la de la víspera. Aquella segunda argumentación fué sin duda más lógica y más convincente que la primera. Pero sintió su calor rechazado por la frialdad de los jurados: ¡hablaba inútilmente y lo veía! Situación horrible y glacial. Hizo observar cómo corroboraba sus primeros razonamientos la libertad del senador, operada como por magia é indudablemente sin el auxilio de ninguno de los acusados. Seguramente que ayer los acusados podían creer en su absolución, y si eran, como la acusación supone, dueños de mantener ó de dejar al senador, no lo hubiesen libertado hasta después del juicio. Intentó hacer comprender que sólo enemigos ocultos en la sombra podían ser capaces de haber dado el golpe.

¡Cosa rara! el señor de Grandville sólo logró trastornar la conciencia del acusador público y la de los magistrados, pues los jurados le escuchaban por deber. El tribunal mismo, casi siempre favorable á los acusados, estaba convencido de su culpabilidad. Existe una atmósfera de ideas. En un tribunal de justicia, las ideas de la multitud pesan sobre los jueces y sobre los jurados y recíprocamente. Al ver aquella disposición de ánimo que se reconoce ó se siente siempre, el defensor llegó en sus últimos períodos á una especie de exaltación febril causada por la convicción.

—En nombre de los acusados, os perdono de antemano un fatal error que nada disipará, exclamó. Somos todos juguete de un poder desconocido y maquiavélico. Marta Michú es víctima de una odiosa perfidia, y la sociedad se apercebirá de ésta cuando las desgracias sean irreparables.

Bordín se apoyó en la declaración del senador para pedir la absolución de los hidalgos.

El presidente resumió las sesiones con tanta más imparcialidad, por cuanto que los jurados estaban visiblemente convencidos. Hasta inclinó la balanza en favor de los acusados, apoyándose en la declaración del senador. Esta amabilidad no comprometía en nada el éxito de la acusación. A las once de la noche, después de las diferentes respuestas dadas por el jefe del jurado, el tribunal condenó á Michú á

la pena de muerte, á los señores de Simeuse á veinticuatro años de trabajos forzados y á los dos Hauteserre á diez. Gothard fué absuelto. Toda la sala quiso ver la actitud de los cinco culpables en el momento supremo en que, llevados ante el tribunal, oyesen su condena. Los cuatro hidalgos miraron á Lorenza, que los miró con los ojos de los mártires.

—Si nos hubiesen absuelto, lloraría, dijo el menor de los Simeuse á su hermano.

Jamás acusado alguno recibió una injusta condena con frente más serena ni con actitud más digna que aquellas cinco víctimas de un horrible complot.

—Ya os ha perdonado nuestro defensor, dijo el mayor de los Simeuse dirigiéndose al tribunal.

La señora de Hauteserre cayó enferma y permaneció tres meses en cama en el palacio de Chargobœuf. El buen Hauteserre se volvió apaciblemente á Cinq-Cygne; pero consumido por uno de esos dolores de anciano que no tienen las distracciones de la juventud, tuvo con frecuencia momentos de melancolía y tristeza que probaban al cura que aquel pobre padre se encontraba como si estuviese aún en el día siguiente de la fatal sentencia. No se pudo juzgar á la hermosa Marta, porque murió en la cárcel veinte días después de la condena de su marido, recomendando su hijo á Lorenza, en cuyos brazos expiró. Una vez conocido el fallo, acontecimientos políticos de más alta importancia borraron el recuerdo de este proceso, del que no se volvió á hablar más. La sociedad procede como el Océano; recobra su nivel y su tranquilidad después de un desastre, y borra las huellas de éste con el movimiento de sus devoradores intereses.

Sin su firmeza de alma y su convicción de la inocencia de sus primos, Lorenza hubiese sucumbido. Pero dió nuevas pruebas de la grandeza de su carácter, y asombró á Grandville y á Bordín con la aparente serenidad que las desgracias imprimen á las almas hermosas. Velaba y cuidaba á la señora de Hauteserre é iba dos horas todos los días á la cárcel. Dijo que se casaría con uno de sus primos cuando estuviesen en presidio.

—¡En presidio! exclamó Bordín. Señorita, en lo único

que hemos de pensar es en pedir su indulto al Emperador.
—¡Su indulto! ¿y á un Bonaparte? exclamó Lorenza con horror.

Los lentes del digno procurador saltaron de su nariz, logró cogerlos antes de que cayesen y miró á la joven con asombro; comprendió aquel carácter en toda su extensión, y, tomando del brazo al marqués de Chargebœuf, le dijo:

—Señor marqués, corramos á París á salvarlos sin ella.

El recurso de los señores de Simeuse, de Hauteserre y de Michú fué el primer asunto que tuvo que juzgar el tribunal de casación, y la sentencia quedó felizmente retardada por las ceremonias de la instalación de dicho tribunal.

A fines del mes de noviembre, después de tres sesiones empleadas por las defensas y por el procurador general Merlin, que tomó en persona la palabra, el recurso de casación fué rechazado.

La Audiencia imperial de París estaba instituida, el señor de Grandville había sido nombrado en ella sustituto del procurador general, y, encontrándose el departamento del Aube dentro de la jurisdicción de aquella Audiencia, le fué posible trabajar mucho en favor de los condenados; cansó á Cambaceres, su protector; Bordín y al señor de Chargebœuf llegaron á la mañana siguiente de la sentencia á su palacio del Marais, donde le encontraron en la luna de miel de su casamiento, pues en este intervalo había contraído matrimonio. A pesar de los acontecimientos que habían influido y hecho variar la existencia de su antiguo abogado, el señor de Chargebœuf vió por la aflicción del joven sustituto que éste seguía siendo fiel á sus clientes. Algunos abogados, los artistas de profesión, hacen y obran con sus causas como si fuesen queridas. El caso es raro y no debéis confiar en él. Tan pronto como sus antiguos clientes y él estuvieron solos en su despacho, el señor de Grandville dijo al marqués:

—No he esperado su visita y ya he hecho por mi parte cuanto he podido. No esperen ustedes salvar á Michú, porque no obtendrán el indulto de los Simeuse. Es preciso una víctima.

—¡Dios mío! dijo Bordín mostrando al joven magistrado

las tres peticiones de indulto; ¿puedo yo por mi cuenta suprimir la petición de ese desgraciado? Arrojar al fuego este papel sería cortarle la cabeza.

Y le presentó el papel firmado de antemano por Michú, papel que el señor de Grandville cogió y miró.

—No podemos suprimirlo; pero, sépalo usted, si pide usted todo, no obtendrá nada.

—¿Tenemos tiempo para consultar á Michú? dijo Bordín.

—Sí, la orden de ejecución corresponde á la mesa del procurador general, y podemos concederle á usted algunos días. Se mata á los hombres, dijo con una especie de amargura; pero se saben guardar las formas, sobre todo en París.

El señor de Chargebœuf había oído ya en casa del gran juez opiniones que confirmaban las tristes palabras del señor de Grandville.

—Michú es inocente, lo sé y lo digo, repuso el magistrado; pero ¿qué hacer contra todos? Y no olvide que hoy me corresponde callar. Tócame hacer erigir el patíbulo en que mi cliente será decapitado.

El señor de Chargebœuf conocía bastante á Lorenza para saber que no consentiría en salvar á sus primos á expensas de Michú. El marqués hizo, pues, una última tentativa. Pidió una audiencia al ministro de relaciones exteriores para ver si la alta diplomacia disponía de algún medio de salvación. Llevó consigo á Bordín, que conocía al ministro y que le había hecho algunos favores. Los dos ancianos se encontraron á Talleyrand sumido en la contemplación de su fuego, con los pies hacia adelante, la cabeza apoyada en una mano, el codo en la mesa y el periódico en el suelo. El ministro acababa de leer la sentencia del tribunal de casación.

—Siéntese usted, señor marqués, dijo el ministro, y usted también, Bordín, añadió señalándole el sitio delante de él en la mesa. Escriba usted:

«Señor:

»Cuatro hidalgos inocentes, declarados culpables por el jurado, acaban de ver su condena confirmada por vuestro tribunal de casación.

«Vuestra Majestad Imperial no puede menos de indultarlos. Estos hidalgos sólo reclaman esta gracia de vuestra augusta clemencia para tener ocasión de utilizar su muerte combatiendo á vuestros ojos, y se dicen de Vuestra Majestad Imperial y Real con respeto...» etc.

—Sólo los príncipes saben obligar de ese modo, dijo el marqués de Chargebœuf cogiendo de las manos de Bordín aquella preciosa minuta de petición que era preciso hacer firmar á los cuatro hidalgos, y por la que se prometía obtener buenos resultados.

—Señor marqués, la vida de sus parientes de usted está entregada al azar de las batallas, dijo el ministro. Procure usted llegar al día siguiente de una batalla y estarán salvados.

Tomó la pluma, escribió él mismo una carta confidencial al Emperador, una de diez líneas al mariscal Duroc, y después llamó, pidió á su secretario un pasaporte diplomático y dijo tranquilamente al anciano procurador:

—¿Cuál es su opinión seria sobre este proceso?

—Monseñor, créame usted que nos han enredado de un modo incomprensible.

—Lo presumo, pero tengo mis razones para procurar adquirir la certeza, respondió el príncipe. Vuelva usted á Troyes, tráigame aquí á la condesa de Cinq-Cygne, mañana, á esta hora, y en secreto, y pasen ustedes á las habitaciones de mi señora, á quien yo advertiré de la visita de ustedes. Si la señorita de Cinq-Cygne, que estará colocada de modo que pueda ver al hombre que está conmigo, lo reconoce por haber ido á casa de ella en la época de la conspiración de los señores de Polignac y de Riviere, diga yo lo que diga, responda él lo que quiera, no hagan ustedes un gesto ni digan una palabra. No piensen ustedes más que en salvar á los señores de Simeuse, y no vayan á descubrirse y á tropezar de nuevo con su perseguidor.

—¡Un hombre sublime, monseñor!... exclamó Bordín.

—¿Se entusiasma usted, Bordín? Entonces ya veo que ese hombre vale algo. Señor marqués, no olvide usted que nues-

tro soberano tiene mucho amor propio, dijo cambiando de conversación. Pronto me despedirá para poder hacer locuras á su gusto. Es un gran soldado que sabe hacer cambiar las leyes del espacio y del tiempo; pero no sabe cambiar á los hombres, y él querría fundirlos á su gusto. Ahora no olvide usted que el indulto de sus parientes sólo puede ser obtenido por una persona: por la señorita de Cinq-Cygne.

El marqués partió solo para Troyes y dijo á Lorenza el estado en que se encontraban las cosas. Lorenza obtuvo del procurador imperial un permiso para ver á Michú, y el marqués le acompañó hasta la puerta de la cárcel, donde la esperó. La joven salió llorando amargamente y diciendo:

—El pobre hombre ha querido ponerse de rodillas para rogarme que no pensase ya en él, sin acordarse de que llevaba grillos en los pies. ¡Ah, marqués! trabajaré su indulto cuanto pueda. Sí, iré á besar las rodillas del Emperador, y si no logro nada, ese hombre vivirá eternamente en nuestra familia, gracias á mis cuidados. Presente usted su recurso de indulto para ganar tiempo, que yo voy á ordenar que hagan su retrato. Marchemos.

Al día siguiente, cuando el ministro supo por una seña convenida que Lorenza estaba en su puesto, llamó, y al presentarse el ujier, recibió la orden de que dejase entrar al señor Corentín.

—Querido mío, es usted un hombre muy hábil y deseo emplearle, dijo Talleyrand.

—Monseñor...

—Escuche usted. Sirviendo á Fouché obtendrá usted dinero, pero nunca honores ni posición conveniente; mientras que sirviéndome como acaba usted de servirme en Berlín, gozará usted de grandes consideraciones.

—Monseñor es demasiado bueno.

—Veo que ha desplegado usted mucho genio en el último asunto de Gondreville.

—¿De qué habla, monseñor? dijo Corentín afectando un aire ni demasiado frío, ni demasiado sorprendido.

—Amigo mío, respondió secamente el ministro, nunca llegará usted á ser nada, porque teme usted...

—¿Qué, monseñor?

—La muerte, dijo el ministro con su gruesa y potente voz. Adiós, amigo mío.

—¡Es él! dijo el marqués de Chargebœuf al entrar; pero hemos estado á punto de matar á la condesa; se ahoga.

—Sólo él es capaz de armar semejante trastada, respondió el ministro. Amigo mío, están ustedes en peligro de no poder conseguir su objeto, repuso el príncipe. Tomen ustedes á la vista de todo el mundo el camino de Strasburgo, que yo les voy á enviar á ustedes en blanco dobles pasaportes. Lleven ustedes consigo á alguien que se les parezca, cambien de camino hábilmente y sobre todo de coche, dejen que detengan á las personas que han de sustituirles, y que les prevenga que lleven, y váyanse á Prusia por Suiza y por Baviera. Mucha prudencia y ni una palabra. Tienen ustedes en contra suya á la policía y no saben ustedes lo que es esto.

La señorita de Cinq-Cygne ofreció á Roberto Lefebvre una suma considerable para determinarle á que fuese á Troyes á hacer el retrato de Michú, y el señor de Grandville prometió á este pintor, célebre á la sazón, todas las facilidades posibles. El señor de Chargebœuf partió en su vieja calesa con Lorenza y un viejo criado que hablaba alemán. Pero, en Nancy, se les unieron Gothard y la señorita Goujet, que les habían precedido en una excelente calesa, la cual fué cambiada por la vieja del marqués. El ministro tenía razón. En Strasburgo, el comisario de policía se negó á poner el visto bueno á los pasaportes de los viajeros, diciéndoles que tenían órdenes absolutas sobre aquel punto. En este mismo momento, el marqués y Lorenza salían de Francia por Besançon con los pasaportes diplomáticos. Lorenza atravesó Suiza en los primeros días del mes de octubre, sin fijar para nada su atención en este magnífico país. Iba en el fondo de la calesa sumida en esa melancolía y abatimiento que se apodera de los criminales cuando conocen la hora de su suplicio. Toda la naturaleza se cubre entonces de un espeso vapor y las cosas más vulgares toman un aspecto fantástico. Este pensamiento: «Si no salgo airosa, se matan», hería su alma como la barra del verdugo hería en otro tiempo los

miembros del paciente en el suplicio de la rueda. Se sentía cada vez más desanimada, é iba perdiendo todas sus energías mientras esperaba el momento cruel, decisivo y rápido en que se encontrase enfrente del hombre de quien dependía la vida de los cuatro hidalgos. Había tomado la decisión de abandonarse á sí misma para no gastar inútilmente sus energías. Incapaz de comprender ese cálculo de las almas fuertes que se traduce de diversos modos al exterior, pues en esas esperas supremas, ciertos espíritus superiores se abandonan á una alegría sorprendente, el marqués temía no poder llevar á Lorenza viva hasta el punto en que había de verificarse aquel encuentro solemne únicamente para ellos, pero que sobrepasaba indudablemente á las proporciones ordinarias de la vida privada. Para Lorenza, el humillarse ante aquel hombre, objeto de su odio y de su desprecio, equivalía á la muerte de todos sus sentimientos generosos.

—Después de esto, dijo, la Lorenza que sobrevivirá, no se parecerá en nada á la que va á perecer.

No obstante, fué muy difícil á los dos viajeros el dejar de percibirse del inmenso movimiento de hombres y de cosas que había, una vez llegados á Prusia. La campaña de Iena había empezado. Lorenza y el marqués veían á las magníficas divisiones del ejército francés extendiéndose y haciendo grandes paradas como en las Tullerías. En estos despliegamientos de fuerza militar, que sólo pueden pintarse con las imágenes y las palabras de la Biblia, el hombre que animaba aquellas masas tomó gigantescas proporciones en su imaginación. La palabra victoria acababa de resonar en sus oídos. Los ejércitos imperiales acababan de obtener dos señaladas ventajas. El príncipe de Prusia había sido muerto la víspera del día en que los dos viajeros llegaron á Saalfeld, procurando alcanzar á Napoleón, que marchaba con la rapidez del rayo. Por fin, el 13 de octubre, fecha de mal agüero, la señorita de Cinq-Cygne seguía la orilla de un río en medio de los cuerpos del gran ejército, sin ver más que confusión, enviada de una aldea á otra y de división en división, asustada al verse sola con un anciano, traída y llevada en medio de un océano de ciento cincuenta mil hombres, que tenían enfrente á otros

ciento cincuenta mil. Cansada de ver siempre aquel río por encima de los setos de un camino barroso que seguía, preguntó su nombre á un soldado.

—Es el Saale, le dijo mostrándole el ejército prusiano agrupado en grandes masas al otro lado de aquella corriente de agua.

La noche se acercaba, y Lorenza veía encenderse fuegos y brillar armas. El anciano marqués, cuya intrepidez fué caballerescas, guiaba en persona, al lado de su nuevo criado, á dos buenos caballos comprados la víspera. El anciano sabía perfectamente que no encontraría postillones ni caballos al llegar al campo de batalla. De pronto, la audaz calesa, objeto del asombro de todos los soldados, fué detenida por un individuo de la gendarmería del ejército, que se encaminó al galope hacia el marqués, gritándole:

—¿Quién es usted? ¿adónde va? ¿á quién busca?

—Al Emperador, dijo el marqués de Chargebœuf; traigo una importante comisión de los ministros para el gran mariscal Duroc.

—Está bien, pero sepan ustedes que no pueden permanecer ahí, dijo el gendarme.

La señorita de Cinq-Cygne y el marqués se vieron tanto más obligados á permanecer allí, por cuanto que la noche se echaba encima.

—¿Dónde estamos? dijo la señorita de Cinq-Cygne deteniendo á dos oficiales que vió pasar y cuyo uniforme estaba oculto bajo sus capotes de paño.

—Están ustedes delante de la vanguardia del ejército francés, le respondió uno de los oficiales. No pueden ustedes permanecer aquí, porque si el enemigo hiciese un movimiento y la artillería se pusiese en juego, estarían ustedes entre dos fuegos.

—¡Ah! dijo ella con aire indiferente.

Al oír aquel ¡ah! el otro oficial preguntó:

—¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?

—Esperamos, respondió ella, á un gendarme que ha ido á avisar al señor Duroc, que nos servirá de protector para que podamos hablar al Emperador.

—¡Hablar al Emperador! dijo el primer oficial. ¿Piensan ustedes en ello en vísperas de una batalla decisiva?

—¡Ah! tiene usted razón, contestó Lorenza. Debo esperar hasta pasado mañana, pues la victoria le pondrá contento.

Los dos oficiales fueron á colocarse á veinte pasos de distancia sobre sus caballos inmóviles. La calesa fué rodeada entonces por un escuadrón de mariscales, de generales y de oficiales, cuyos uniformes brillaban extraordinariamente y que respetaron el coche precisamente porque estaba allí.

—¡Dios mío! dijo el marqués á la señorita de Cinq-Cygne, mucho me temo que hayamos estado hablando con el Emperador.

—¿El Emperador? dijo un coronel ¡pues si es aquí!

Lorenza vió entonces á algunos pasos de distancia y solo á aquel que había exclamado: «¿Cómo se encuentra aquí esta mujer?» Uno de los dos oficiales, que era el Emperador, vestido con su célebre levita, puesta sobre un uniforme verde, estaba sobre un caballo blanco ricamente enjaezado. Examinaba con un antejo al ejército prusiano situado al otro lado del Saale. Lorenza comprendió entonces el por qué la calesa permanecía allí y por qué la escolta la respetaba. Al juzgar que había llegado la hora, se apoderó de ella un movimiento convulsivo. Oyó entonces el ruido sordo de varias masas de hombres y de armas que se encaminaban con acelerado paso hacia aquella meseta. Las baterías parecían tener un lenguaje, la impedimenta resonaba y el bronce de los cañones chispeaba.

—El mariscal Lannes tomará posición con todo su cuerpo de ejército en la vanguardia, el mariscal Lefebvre y la Guardia ocuparán esta cima, dijo el otro oficial, que era el mayor general Berthier.

El Emperador bajó. Al primer movimiento que hizo, Roustan, su famoso mameluco, se apresuró á tenerle el caballo. Lorenza estaba atontada de asombro y no creía en tanta sencillez.

—Pasaré la noche en esta meseta, dijo el Emperador.

En este momento, el gran mariscal Durac, á quien el gen-

darme había encontrado por fin, se encaminó hacia el marqués de Chargebœuf y le preguntó la razón de su llegada. El marqués le respondió que una carta escrita por el ministro de relaciones exteriores le probaría lo muy urgente que era el que él y la señorita de Cinq-Cygne obtuviesen una audiencia del Emperador.

—Su Majestad va á cenar sin duda en su vivac, dijo Duroc tomando la carta; y cuando yo haya visto de lo que se trata, le diré si la cosa es posible. Sargento, dijo algendarme, acompañe usted este coche y llévelo á la cabaña de atrás.

El señor de Chargebœuf siguió al gendarme y detuvo su coche detrás de una miserable choza construída con madera y tierra, rodeada de algunos árboles frutales y guardada por piquetes de infantería y de caballería.

Puede decirse que la majestad de la guerra brillaba allí en todo su esplendor. Alumbradas por la luna, veíanse desde aquella cima las líneas de los dos ejércitos. Después de una hora de espera, en que se oyó el ruido producido por el movimiento perpetuo de los ayudas de campo que iban y venían, Duroc que fué á buscar á la señorita de Cinq-Cygne y al marqués de Chargebœuf, les hizo entrar en la choza, cuyo suelo era de tierra apisonada como el de nuestros hórreos. Ante una mesa preparada y ante un fuego de madera verde que humeaba, Napoleón estaba sentado en una tosca silla. Sus botas, llenas de barro, daban fe de sus correrías á través de los campos. Se había quitado su famosa levita, y entonces, su célebre uniforme verde, atravesado por su gran cordón encarnado, y realzado por el fondo blanco de su pantalón de cachemir y de su chaleco, hacía resaltar admirablemente su pálido y terrible rostro cesariano. Tenía la mano sobre un mapa extendido y colocado sobre sus rodillas. Berthier se mantenía de pie con su brillante traje de vicecondestable del Imperio. Constante, el ayuda de cámara, ofrecía al Emperador su café en una bandeja.

—¿Qué quiere usted? le dijo con fingida brusquedad abarcando con una mirada la cabeza de Lorenza. ¿No teme usted hablarme antes de la batalla? ¿De qué se trata?

—Señor, dijo Lorenza mirándole con no menos fijeza; soy la señorita de Cinq-Cygne.

—¿Y qué? respondió con voz colérica creyéndose desafiado con aquella mirada.

—¿No comprendéis? Soy la condesa de Cinq-Cygne, y os pido gracia, dijo cayendo de rodillas y tendiéndole la instancia redactada por Talleyrand y anotada por la Emperatriz, por Cambaceres y por Maligno.

El Emperador levantó graciosamente á la suplicante, dirigiéndole una mirada astuta, y le dijo:

—¿Será usted al fin juiciosa? ¿Comprende usted lo que tiene que ser el Imperio francés?

—¡Ah! en este momento no comprendo más que al Emperador, dijo vencida por la atención con que el monarca había pronunciado aquellas palabras que le hacían presentir el indulto.

—¿Son inocentes? preguntó el Emperador.

—Todos, dijo ella con entusiasmo.

—¿Todos? No; el guardabosque es un hombre peligroso que mataría á mi senador sin consultármelo.

—¡Oh! señor, dijo ella; si tuvieseis un amigo que os fuese adicto ¿le abandonaríais? ¿No os...?

—Es usted mujer, dijo Napoleón con cierto aire de mofa.

—Y vos un hombre de hierro, le contestó Lorenza con una dureza apasionada que agradó al monarca.

—Ese hombre ha sido condenado por la justicia del país, repuso.

—Pero es inocente.

—¡Niña!... le dijo.

Y tomando á la señorita de Cinq-Cygne por la mano, salió y la llevó á la meseta.

—¡He aquí, le dijo con aquella elocuencia que cambiaba los cobardes en valientes, he aquí trescientos mil hombres que también son inocentes! Pues bien, mañana, treinta mil habrán muerto por su país. ¡Entre los prusianos, habrá también acaso un gran mecánico, un gran ideólogo ó un gran genio que perecerá! Por nuestra parte, perderemos seguramente grandes hombres desconocidos. En fin, acaso vea mo-